



unánimes

Estudios bíblicos

R: La vida de Jesús

05.- Los primeros actos de Jesús



unanimes

Estudios Bíblicos

R.05.- Los primeros actos de Jesús

1. Introducción

En este estudio vamos a profundizar en los primeros actos de Jesús, posteriores a su estadía de 40 días en el desierto. Analizaremos cómo eligió a los primeros discípulos y nos detendremos en el primer milagro realizado, las bodas de Caná.

Llama la atención que es Juan, en su evangelio, el que da más detalles de los inicios del ministerio público de Jesús. Hay quienes afirman que Salomé, mencionada en los evangelios sinópticos, era la madre de los Zebedeo, Juan y Jacobo, y a la vez hermana de María, la madre de Jesús. Esto convertiría a Juan en primo de Jesús y, por tanto, el discípulo con acceso a más información de la vida del Maestro. No sabemos, a ciencia cierta, si esto es real, consecuentemente no podemos afirmarlo.

Sí podemos afirmar que Juan pertenecía al círculo más cercano de Jesús, junto a su hermano Jacobo y Pedro. También sabemos que Juan era muy joven cuando se hizo discípulo, que fue a quien Jesús le encomendó a su madre desde la cruz, y que luego él se llevó a María a Éfeso. Por lo tanto, sí podemos afirmar que Juan era muy cercano a Jesús, que tenía una relación muy especial con Él al punto que en la última cena se arrecostaba al Maestro.

2. Los primeros apóstoles de Jesús

Localización: El Sur, Betábara, Judea. Texto de referencia: Juan 1:35-42

Al siguiente día estaba otra vez Juan, y con él dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: «¡Este es el Cordero de Dios!». Los dos discípulos lo oyeron hablar y siguieron a Jesús. Volviéndose Jesús y viendo que lo seguían, les dijo:

—¿Qué buscáis?

Ellos le dijeron:

—Rabí —que significa «Maestro»—, ¿dónde vives?

Les dijo:

—Venid y ved.

Fueron y vieron dónde vivía, y se quedaron aquel día con él, porque era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Aquel encontró primero a su hermano Simón, y le dijo:

—Hemos encontrado al Mesías —que significa «Cristo»—.

Y lo trajo a Jesús. Mirándolo Jesús, dijo:

—Tú eres Simón hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas —es decir, Pedro—.

Juan el Bautista tenía dos discípulos, Andrés y uno más no identificado. Él les presenta a Jesús y los insta a seguirle. Esto tiene especial interés puesto que Juan, ahora, se hace pequeño para que Jesús se engrandezca.

El texto también nos enseña que Jesús no escogió a todos sus discípulos en un solo día o semana. Los fue escogiendo a lo largo de varios meses y generalmente de dos en dos o de tres en tres. Algunos, como Pedro, mantuvieron sus oficios actuales mientras seguían a Jesús, hasta que llegó el momento en que Jesús los llamó al ministerio a tiempo completo y ellos lo dejaron todo con tal de seguir al Maestro. Aquí Andrés, que creía que Jesús era el Mesías, llamó a su hermano Simón para que conociera a Jesús. Es durante este evento que Jesús le cambia el nombre a Simón por Pedro.



Profundizando en el detalle de la narrativa, vemos a Juan el Bautista, que se encuentra en un lugar destacado cerca del río Jordán y sigue dando su testimonio acerca de Jesús. El texto nos dice que uno de esos discípulos era Andrés, pero no da el nombre del otro. Debido a que Juan el apóstol, es quien narra este evangelio, y que él es el testigo ocular de todos los hechos que narra, es correcto suponer que el otro discípulo era él mismo. La Biblia no lo indica, por lo tanto, nosotros solo lo podemos dejar como una conjetura.

Es interesante notar que el día anterior, el testimonio del Bautista no había provocado ninguna respuesta activa por parte de estos dos discípulos, sin embargo, hoy estos dos hombres dan el paso decisivo que recordarán por el resto de sus días. Una vez más oímos el mismo testimonio que el día anterior: “He aquí, el Cordero de Dios”, aunque el testimonio de hoy es más conciso.

Así pues, los dos discípulos le preguntan: ¿Dónde estás alojado? No se nos ha revelado, y no es de gran importancia, si este albergue temporal de Jesús era alguna casa de Betania del otro lado del Jordán, o alguna cabaña de aquellos alrededores, hecha con ramas entrelazadas y cubierta con telas. Lo importante es darse cuenta de que los dos discípulos deseaban tener una oportunidad para conversar ininterrumpidamente con Jesús. Puesto que esto era algo difícil de conseguir al aire libre, le preguntan a Jesús dónde se aloja sugiriendo claramente que desean ser invitados a visitarlo. El testimonio del Bautista ha despertado plenamente su interés, demostrando así que era un verdadero heraldo. Jesús les mostró y ellos se quedaron con Él.

Juan en su narrativa, ahora nos comenta lo que pasó de forma muy curiosa. Nos dice: “*Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús.*” Es como si el escritor dijera: “Uno de los dos discípulos que siguieron a Jesús

aquel día era Andrés, quiero decir, el hermano de Simón Pedro, a quien vosotros conocéis bien”. ¿No parece dar por sentado que los lectores están al corriente de las historias de los Sinópticos acerca de Simón Pedro?

Inmediatamente los dos discípulos, (Andrés y supuestamente Juan), después de pasar un día con Jesús, quedaron tan impresionados por lo que hallaron en Él que se convirtieron en misioneros. Los dos salieron (quizá al atardecer de aquel mismo día) para buscar a sus respectivos hermanos. Andrés, el primer misionero, encuentra a su hermano Pedro. Se desprende que Juan, el segundo misionero, halló a su hermano Jacobo. Pero, de acuerdo con su fina discreción, Juan no lo dice directamente.

Cuando Andrés vio a Pedro, le dijo: “*Hemos encontrado al Mesías*”. La esperanza de la venida del Mesías, el testimonio del Bautista acerca de Jesús y especialmente aquella visita al alojamiento temporal de Jesús cerca del Jordán, eran las circunstancias que habían preparado el camino para esta exclamación. Debemos tener en cuenta, no obstante, que el concepto que los discípulos tenían acerca del Mesías necesitaba refinarse. La historia de su confesión y testimonio revela muchos altibajos. Aunque en conjunto se puede observar un ascenso gradual en su reconocimiento y comprensión del oficio mediador de Cristo, sin embargo, aun después de la resurrección de Cristo, ciertos elementos nacionalistas de liberación del imperio romano persisten en su esperanza y expectativa mesiánica. El gozoso descubrimiento que expresan las palabras de Andrés era un buen principio en el camino hacia un conocimiento mayor y más profundo.

Andrés llevó a Simón a Jesús y sucedió algo muy curioso. Jesús dijo: “*Tú eres Simón hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas —es decir, Pedro*”. Jesús, haciendo uso de su oficio profético, mira hacia el futuro y lo que ve no es al impulsivo Simón que ahora tenía ante Él sino al estable Cefas (en arameo) o Pedro (en griego): es decir, piedrecilla. Esto no era simplemente una predicción sino también una promesa que indicaba lo que la gracia de Dios iba a realizar en el corazón y en la vida de aquel discípulo.

3. Jesús adiciona más discípulos

Localización: El Sur, alrededor de Betábara. Texto de referencia: Juan 1:43-51

Al siguiente día, Jesús quiso ir a Galilea; encontró a Felipe y le dijo:

—Sígueme.

Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo:

—Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés, en la Ley, y también los Profetas: a Jesús hijo de José, de Nazaret.

Natanael le dijo:

—¿De Nazaret puede salir algo bueno?

Respondió Felipe:

—Ven y ve.

Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él:

—¡Aquí está un verdadero israelita en quien no hay engaño!

Le dijo Natanael:

—¿De dónde me conoces?

Jesús le respondió:

—Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.

Natanael exclamó:

—¡Rabí, tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel!

Le contestó Jesús:

—¿Crees porque te dije: “Te vi debajo de la higuera”? Cosas mayores que estas verás.

Y agregó:

—De cierto, de cierto os digo: Desde ahora veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.



El texto nos indica que Jesús, que todavía estaba alrededor de Betábara, al otro lado del Jordán, decidió cruzar a la orilla occidental del Jordán y desde allí continuar hacia Galilea. Probablemente, mientras se ocupaba en hacer los preparativos para este viaje, encontró a Felipe. Esto no es extraño ya que Felipe era de la misma ciudad que Andrés y Pedro, a saber, Betsaida (Casa de Pesca) situada, según parece, no lejos de Capernaum. Podemos suponer que Andrés y Pedro hablaron con su amigo y paisano acerca de Jesús. Posiblemente los tres habían venido al bautismo de Juan. Jesús le dijo a Felipe: “Sígueme”. Se implica claramente que este mandato fue obedecido, de manera que Felipe se convirtió en discípulo del Señor.

Felipe, el nuevo discípulo, halló, a su vez, a Natanael, que era de Caná. El Natanael del cuarto Evangelio es, con toda probabilidad, el Bartolomé de los Sinópticos. Bartolomé es patronímico (Bar Tholmai, que significa hijo de Tholmai). Natanael es un nombre hebreo que quiere decir Dios ha dado. Por lo tanto, su nombre es Natanael hijo de Tholmai. (Natanael Bar Tholmai).

Lleno, pues, de entusiasmo, Felipe exclama: “*Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés, en la Ley, y también los Profetas: a Jesús hijo de José, de Nazaret*”. Hasta aquí Felipe está declarando una gran verdad, pues Moisés y los Profetas constituían su Biblia. (El Tanaj, del acrónimo hebreo tanakh, es el conjunto de los veinticuatro libros sagrados canónicos en el judaísmo. Se divide en tres grandes partes: la Torá (Ley), los Nevi'im (Profetas) y los Ketuvim (Escritos).

El Tanaj constituye aquello que los cristianos denominamos Antiguo Testamento. Estos escritos no pueden ser comprendidos a no ser que se vea a Cristo en ellos. Si no se percibe esto, el Antiguo Testamento seguirá siendo un libro cerrado. Pero en cuanto se comprende esta idea las Escrituras se abren.

Aun no se había extinguido el sonido de la palabra Nazaret cuando Natanael con gran candor, exclama: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?* Creemos que Natanael quiso decir: “¿Es realmente posible que el Mesías pueda venir de Nazaret? ¿Han predicho Moisés y los profetas que algo bueno en la categoría mesiánica surgiría de esa ciudad?” Felipe le da la mejor respuesta posible, “*Ven y ve*”.

Jesús vio venir a Natanael, y dijo de él: —*¡Aquí está un verdadero israelita en quien no hay engaño!* Jesús dice esto acerca de Natanael, que, acompañado por Felipe, se dirige hacia Él. Jesús habló de engaño. A la luz de todo el contexto se ve claramente que en todo este relato de la conversación con Natanael, Cristo estaba pensando en el patriarca Jacob. El empleo de engaño a fin de obtener ventajas egoístas caracterizó no sólo al mismo Jacob sino también a sus descendientes. Era tan excepcional encontrar un israelita honrado y sincero, sin doblez, que al aproximarse Natanael, Jesús le manifestó lo que veía dentro de él.

Con candorosa inocencia le dijo Natanael: *¿De dónde me conoces?* Quiere saber de qué fuente procede el conocimiento de Jesús. ¿Habría sido Felipe el que proporcionó a Jesús la información para formar su juicio? El Señor le muestra que esta deducción sería falsa. Respondió Jesús y le dijo: *Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.* Con gran sorpresa Natanael se da cuenta de que el penetrante ojo de su nuevo Señor se había introducido hasta el santuario interno de sus devociones bajo la higuera.

Profundamente conmovido Natanael manifestó una gran verdad. Tenía enfrente al Hijo de Dios y Rey de Israel. Jesús no menosprecia en nada el glorioso testimonio de Natanael. La esencia de lo que el Señor dice a su nuevo discípulo es que, en recompensa a su fe, le serían reveladas cosas mayores.

La gran promesa que ahora hace Jesús va dirigida no sólo a Natanael sino a todos los presentes. “*De cierto, de cierto os digo: Desde ahora veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.*” Jesús aparece aquí como el eslabón entre el cielo y la tierra, el lazo de unión entre Dios y el hombre, Aquél que por medio de su sacrificio reconcilia a Dios con el hombre. Los discípulos podrían verlo con el ojo de la fe bajo aquella luz. Podrían ver a los ángeles de Dios ascender y descender sobre el Hijo del hombre.

4. El primer milagro. Las bodas de Caná

Localización: El Norte, Caná de Galilea. Texto de referencia: Juan 2:1-12

Al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. También fueron invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. Y faltó vino. Entonces la madre de Jesús le dijo:

—No tienen vino.

Jesús le dijo:

—¿Qué tiene que ver esto con nosotros, mujer? Aún no ha llegado mi hora.

Su madre dijo a los que servían:

—Haced todo lo que él os diga.

Había allí seis tinajas de piedra para agua, dispuestas para el rito de purificación de los judíos; en cada una de ellas cabían dos o tres cántaros. Jesús les dijo:

—Llenad de agua estas tinajas.

Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo:

—Sacad ahora un poco y presentadlo al encargado del banquete.

Y se lo presentaron. Cuando el encargado del banquete probó el agua hecha vino, sin saber de dónde era (aunque sí lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al esposo y le dijo:

—Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando han bebido mucho, el inferior; sin embargo, tú has reservado el buen vino hasta ahora.

Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.

Después de esto descendieron a Capernaúm él, su madre, sus hermanos y sus discípulos; y se quedaron allí no muchos días.



Jesús y su pequeño grupo de discípulos, habiendo salido probablemente el mismo día en que Felipe y Natanael fueron llamados, y después de dos días más de viaje, llegaron por fin a Caná de Galilea, habiendo recorrido en total una distancia de aproximadamente cuarenta y cinco kilómetros, para asistir a una boda a la que habían sido invitados.

A medida que la fiesta continuaba, el vino empezó a escasear. La madre de Jesús, que por aquel entonces quizá ya era viuda, se encontraba también allí, posiblemente como ayudante general. Tal vez era una buena amiga de la joven pareja. Cuando se percató de la embarazosa situación, le dijo a Jesús: “*No tienen vino*”. Debemos tener en cuenta que María no sólo había guardado en su corazón todas las cosas maravillosas que le habían sido dichas en relación con la concepción y nacimiento de Jesús, sino que además tuvo que haber oído acerca de los asombrosos sucesos relacionados con su bautismo, el descenso del Espíritu y la voz del cielo. Así pues, ella esperaba un milagro, porque sabía mejor que nadie quién

era Él realmente. Sin embargo, todavía no se daba cuenta que la relación de madre a hijo tenía que ser sustituida por la de creyente a Salvador. Ella creía que era su deber indicarle a su hijo que tenía que hacer algo para remediar la escasez de vino. Jesús le contestó: “*¿Qué tiene que ver esto con nosotros, mujer? Aún no ha llegado mi hora.*” Jesús sabía que todas sus acciones habían sido predeterminadas en cuanto al momento exacto de su cumplimiento. María se dio cuenta de que, aunque esta respuesta tenía la forma de una suave (incluso misericordiosa) reprensión, contenía también una promesa, y por ello dijo a los sirvientes: “*Haced todo lo que él os diga.*”, sugerencia que indudablemente era necesario hacer.

Cerca de la sala donde se celebraban las bodas, probablemente en una habitación contigua, había seis tinajas de piedra, de tamaño y capacidad considerables. El agua de estas tinajas se utilizaba para la purificación ceremonial en la cual los judíos insistían mucho (especialmente después de su regreso de la cautividad en Babilonia). Las seis tinajas juntas podían contener entre 390 y 540 litros de agua aproximadamente. Jesús indicó a los sirvientes que llenaran las tinajas y ellos las llenaron hasta los bordes. Jesús, entonces, les dijo: “*Sacad ahora un poco y presentadlo al encargado del banquete.*”.

Ninguna explicación natural es suficiente para entender este evento desde lo natural. La idea de que aquellas tinajas habían estado antes llenas de vino y que el sedimento del vino explica lo que ocurrió, no merece contestación alguna. La suposición de que lo que aquí se relata no es más que la aceleración de un proceso natural que tiene lugar cuando el agua de la lluvia es absorbida por las raíces de la vid y gradualmente se transforma en mosto que al fermentar da el vino, tampoco explica nada. Tengamos en cuenta que esta agua no estaba en contacto con la tierra, ni entró en combinación con sales u otros minerales, ni estaba bajo la influencia del sol y se encontraba, por consiguiente, en condiciones completamente distintas. Y es que, sencillamente, no existe explicación posible de lo que aquí sucedió. Es un milagro que o se acepta o se rechaza. No hay otra forma de resolver el problema.

El encargado del banquete felicitó al novio por la excelente calidad del vino. En general el mejor vino se servía primero; pero en este caso fue el último.

A través de esta señal, la primera de una larga serie, Cristo desplegó la gloria de su poder y de su amor. Él se revela no sólo con amor infinito sino también con poder infinito; es decir, como Hijo de Dios. Jesús transforma el agua en vino y con esto da inicio a la parte milagrosa de su ministerio. (Para más información ver la serie de estudios de Unánimes “Los milagros de Jesús” https://unanimes.org/estudios_biblicos/). Esto lo hace dentro del círculo de familiares y amigos en Galilea. Juan afirma que sus discípulos empezaron a comprender esto, y creyeron en Él. Después de esta boda, Jesús, María, sus hermanos y sus discípulos regresaron a Capernaum, al otro lado del lago, a donde Jesús vivía. Suponemos que Jesús

ya se había mudado de Nazaret a Capernaum, pues es allí donde monta su cuartel general en el Norte. Juan hace la distinción entre sus hermanos y sus discípulos debido a que, en ese momento, sus hermanos no eran discípulos.

Este milagro es el único evento que vemos en los evangelios que sucede en el Norte, durante esta visita. En los siguientes estudios veremos a Jesús abandonar el Norte y dirigirse a Jerusalén, para hacer la primera aparición pública de su ministerio.

5. Lecciones

5.1. Jesús es el Mesías

El llamamiento que Jesús hizo a los primeros discípulos no es diferente a los esfuerzos de evangelización que deberíamos hacer. La proclamación del evangelio no es otra cosa que hablar sobre quién es Jesús y cual fue su obra. Lo demás sobra.

5.2. La importancia de la obediencia

La Biblia no es para discutirla, es para obedecerla. Estudiamos y enseñamos no para discusión sino para producir obediencia. Así lo dijo el Señor en la última cena:

Juan 14:15

Si me amáis, guardad mis mandamientos.

5.3. Hay que empezar en casa

Los primeros discípulos de Jesús fueron vecinos suyos. Todos eran de Galilea. Además se mostró como Mesías ante su madre y sus hermanos. La salvación inicia por cada uno, luego su casa, su barrio y su entorno. El verdadero evangelismo inicia con compartir lo que Jesús hizo con nosotros y mostrarlo con la gente que conocemos. Llegará el momento, cuando el Señor lo decida, en que compartiremos con otros, ya sea en eventos o en misiones. De momento, hay que empezar con los más próximos. Así lo hizo Jesús